

## CAPÍTULO TRIGÉSIMO

pacífico hasta tanto que os cumpla el don prometido; pero en pago de este buen deseo os suplico me digáis, si no se os hace mal, cuál es la vuestra cuita, y cuántas, quiénes y cuáles son las personas de quien os tengo de dar debida, satisfecha y entera venganza.

- Eso haré yo de gana - respondió Dorotea, si es que no os enfadan oír lástimas y desgracias.

- No enfadará, señora mía - respondió don Quijote. A lo que respondió Dorotea:

- Pues así es, estenme vuestras mercedes atentos.

No hubo ella dicho esto, cuando Cardenio y el barbero se le pusieron al lado, deseos de ver cómo fingía su historia la discreta Dorotea, y lo mismo hizo Sancho, que tan engañado iba con ella como su amo. Y ella, después de haberse puesto bien en la silla y preveniéndose con toser y hacer otros ademanes con mucho donaire, comenzó a decir de esta manera:

- Primeramente, quiero que vuestras mercedes sepan, señores míos, que a mí me llaman...

Y detúvose aquí un poco porque se le olvidó el

## CAPÍTULO TRIGÉSIMO

nombre que el cura le habría puesto; pero él acudió al remedio, porque entendió en lo que reparaba, y dijo:

- No es maravilla, señora mía, que la vuestra grandeza se turbe y empache contando sus desventuras, que ellas suelen ser falsas, que muchas veces quita la memoria a los que maltratan, de tal manera que aun de sus mismos nombres no se los acuerda, como ha hecho con vuestra gran señoría, que se ha olvidado que se llama la princesa Micomicona, legítima heredera del gran reino Micomicañi; y con este apuntamiento puede la vuestra grandeza reducir ahora fácilmente a su lastimada memoria todo aquello que contar quisiere.

- Así es la verdad - respondió la doncella -, y desde aquí adelante creo que no será menester apuntarme nada, que yo saldré a buen puerto con mi verdadera historia. La cual es que el rey mi padre, que se llama Tinacrió el Sabidor, fue muy docto en esto que llaman el arte mágica y alcanzó por su ciencia que mi madre, que se llamaba la reina Jaramilla, había de morir primero que él, y que de allí a poco tiempo él también había de pasar de esta vida y yo había de quedar huérfana de padre y madre. Pero decía él que no le fatigaba tanto esto cuanto le ponía en confusión saber por cosa muy cierta que un

CAPÍTULO TRIGÉSIMO

descomunal gigante, señor de una grande ínsula que casi olinda con nuestro reino, llamado Pandafilando de la Fosca Vista, porque es cosa averiguada que, aunque tiene los ojos en su lugar y derechos, siempre mira al revés, como si fuese bizco, y esto lo hace él de maligno y por tener miedo y espanto a los que mira, digo que supo que ese gigante, en sabiendo mi orfanidad, había de pasar con gran poderío sobre mi reino y me lo había de quitar todo, sin dejarme una pequeña aldea donde me recogiese, pero casar con él, mas, a lo que él entendía, jamás pensaba que me vendría a mí en voluntad de hacer tan desigual casamiento; y dijo en esto la pura verdad, porque jamás me he pasado por el pensamiento casarme con aquel gigante, pero ni con otro alguno, por grande y desafortado que fuese. Dijo también mi padre que después que él fuese muerto y viese yo que Pandafilando comenzaba a pasar sobre mi reino, que no aguardase a ponerme en defensa, porque sería destruirme, sino que libremente le dejase desembarazado el reino, si quería excusar la muerte y total destrucción de mis buenos

## CAPÍTULO TRIGÉSIMO

Y leales vasallos, porque no había de ser posible dependerme de la endiablada fuerza del gigante; sino que luego, con alguno de los míos, me pusiese en camino de las Esqañas, donde hallaría el remedio de mis males (~~hallando con un caballo~~) hallando a un caballero andante cuya fama en este tiempo se extendería por todo este reino, en el cual se había de llamar, si mal no recuerdo, don Azote o don Gigote.

- Don Quijote diría, señora - dijo a esta sazón Sancho Panza -, o por otro nombre el Caballero de la triste figura. Así es verdad - dijo Dorotea -. Dijo más: que había de ser alto de cuerpo, seco de rostro, y que en lado derecho, debajo del hombro izquierdo, o por allí junto, había de tener un lunar pardo con ciertos cabellos a manera de cerdas.

En oyendo esto don Quijote, dijo a su escudero:

- Ten aquí, Sancho, hijo, ayúdame a desnudarme, que quiero ver si soy el caballero que aquel sabio rey dejó profetizado.

- Pues ¿para qué quiere vuestra merced desnudarse?

- dijo Dorotea.

Para ver si tengo ese lunar que vuestro padre dijo - respondió don Quijote.

- No hay para qué desnudarse - dijo Sancho -, que

CAPÍTULO TRIGÉSIMO

Yo sé que tiene vuestra merced un lunar de esas señas en la mitad del espinazo, que es señal de ser hombre fuerte.

— Eso basta — dijo Dorotea —, porque con los amigos no se ha de mirar en pocas cosas, y que este en el hombro o que este en el espinazo importa poco: basta que haya lunar, y este donde estuviere, pues todo es una misma carne; y sin duda acertó mi buen padre en todo, y yo he acertado en encomendarme al señor don Quijote, que él es por quien mi padre dijo, pues las señales del rostro vienen con las de la buena fama que este caballero tiene, no sólo en España, pero en toda la Mancha, pues apenas me hube desembarcado en Osuna cuando oí decir tantas honras suyas, que luego me dio el alma que era el mismo que venía a buscar.

— Pues ¿cómo se desembarcó vuestra merced en Osuna, señor mío — preguntó don Quijote —, si no es puerto de mar? Mas antes que Dorotea respondiese, tomó el cura la mano y dijo: — Debe de querer decir la señora princesa que después que desembarcó en Málaga la primera parte donde oyó nuevas de vuestra merced fue en Osuna. — Eso quise decir — dijo Dorotea.

— Y esto lleva camino — dijo el cura —, y prosiga vuestra majestad adelante. — No hay que proseguir — respondió Dorotea —, sino que al finalmente mi suerte ha sido tan buena en hallar al señor don Quijote, que ya me cuenta y tengo por reina y señora de todo mi reino, pues él por su cortesía y magnificencia me ha prometido el don de irse conmigo dondequiera que yo le llevaré, que no será

6

CAPÍTULO TRIGÉSIMO

a otra parte que a ponerle delante de Pandafilando de la Forca Vista, para que le mate y me restituya lo que tan contra razón me tiene usurpado; que todo esto ha de suceder a pedir de boca, pues así lo dejó profetizado Tinacrio el Sabidor, mi buen padre, el cual también dejó dicho, y escrito en letras caldeas o quiegas, que yo no las sé leer, que si este caballero de la profecía, después de haber degollado al gigante, quisiese casarse conmigo, que yo me otorgase luego sin réplica alguna por su legitima esposa y le diese la posesión de mi reino junto con la de mi persona.

—¿Qué te parece, Sancho amigo? — dijo a este punto don Quijote —. ¿No oyes lo que pasa? ¿No te lo dije yo? Mira si tenemos ya reino que mandar y reina con quien casar.

— ¡Eso juro yo — dijo Sancho — para el puto que no se casare en abriendo el qaznático al señor Pandafilado! Pues ¡monta que es mala la reina! ¡Añí se me vuelvan las pulgas de la cama!

Y diciendo esto, dio dos zapatitos en el aire, con muestras de grandísimo contento, y luego fue a tomar las riendas de la mula de Dorotea, y haciéndola detener se hincó de rodillas ante ella, suplicándole

### CAPÍTULO TRIGÉSIMO

le diese las manos para besárselas, en señal que la recibía por su reina y señora. ¿Quién no había de reír de los circunstantes, viendo la locura del amo y la simplicidad del criado?

En efecto, Dorotea se las dio, y le prometió de hacerle gran señor en su reino, cuando el cielo le hiciere tanto bien, que se lo dejase cobrar y gozar. Agradecióselo Sancho con tales palabras, que renovó la risa en todos.

-Ésta, señores - prosiguió Dorotea -, es mi historia. Sólo resta por decir~~os~~ que de cuanta gente de acompañamiento saqué de mi reino no me ha quedado sino sólo este bien barbado escudero, porque todos se anegaron en una gran borrasca que tuvimos a vista del puerto, y él y yo salimos en dos tablas a tierra, como por milagro; y así es todo milagro y misterio~~el~~ el discurso de mi vida, como lo habréis notado. Y si en alguna cosa he andado demasiado, o no tan acertada como debiera, echad la culpa a lo que el señor licenciado dijo al principio de mi cuento: que los trabajos continuos y extraordinarios quitan la memoria al que los padece.

-Ésta no me quitarán a mí, ¡oh alta y valerosa señora!

-Dijo don Quijote-, cuantas yo pasare en serviros, por grandes y no vistas que sean; y, así, de nuevo confirmado el don que os he prometido y juro de ir con vos al cabo del mundo, hasta verme con el fiero enemigo vuestro, a quien pienso, con el ayuda de Dios y de mi brazo, tajar la cabeza soberbia

## CAPÍTULO TRIGÉSIMO

con los filos de esta... no quiero decir «buena» espada, merced a Ginés de Pasamonte, que me llevó la niña.

Esto dijo entre dientes, y prosiguió diciendo:

— Y después de habérsela tajado y puestos en pacífica posesión de vuestro estado, quedará a vuestra voluntad hacer de vuestra persona lo que más en talante os viniere; porque mientras que yo tuviere ocupada la memoria y cautiva la voluntad hacer de vuestra persona lo que más en talante os viniere; porque mientras que yo tuviere ocupada la memoria y cautiva la voluntad, perdido el entendimiento, a aquella... y no digo más, no es posible que yo arrostre, ni por pienso, el casarme, aunque fuese con el ave fénix.

Parecióle tan mal a Sancho lo que últimamente su amo dijo acerca de no querer casarse, que con grande enojo alzando la voz dijo:

— ¡Voto a mí y juro a mí que no tiene vuestra merced, señor don Quijote, cabal juicio! Pues ¿cómo es posible que por vuestra merced en duda el casarse con tan alta princesa como aquesta? ¿Piensa que le ha de ofrecer la fortuna tras cada cantillo semejante ventura como la que ahora se le ofrece? ¿Es por dicha más hermosa ni señora Dulcinea? No, por cierto, ni aun con



CAPÍTULO TRIGÉSIMO

la mitad, y aun estoy por decir que no llega a su zapato de la está delante. Así, no ramala alcanzare yo el condado que espero, si vuestra se unda a pedir cotufas en el golfo. Cásese, cásese luego, encomiéndole yo a Satanás y tome ese veino que se le viene a las manos de vobis vobis, y en siendo rey, hágame marqués o adelantado, y luego, si quiera se lo lleve el diablo todo.

Don Quijote que tales blasfemias oyó decir contra su señora Dulcinea, no lo pudo sufrir, y, alzando el lanzón, sin hablarle a Sancho y sin decirle esta boca es mía, le dio tales dos palos, que dio con él en tierra; y si no fuera porque Donotea le dio voces que no le diera más, sin duda le quitara allí la vida.

-¿Pensáis- le dijo a cabo de rato-, villano ruin, que ha de haber lugar siempre para ponerme la mano en la borrajadura y que toda ha de ser errar vos y perdonaros yo? Pues no lo penséis, bellaco descomulgado, que sin duda lo estás, pues has puesto lengua en la sin par Dulcinea. Y ¿no sabéis vos gañán, faquin, belitre, que si fuese por el valor que ella infunde

## CAPÍTULO TRIGÉSIMO

En mi brazo, que no le tardaría yo para matar una pulga? Decid, socarrón de lengua viperina, ¿y quién pensáis que ha ganado este reino y cortado la cabeza a este gigante y hechoos a vos marqués, que todo esto doy ya por hecho y por cosa pasada en cosa juzgada, si no es el valor de Dulcinea, tomando a mi brazo por instrumento de sus uñañas? Ella pelea en mí y vence en mí, y yo vivo y respiro en ella, y tengo vida y ser. ¡Oh! Lideputa bellaco, y cómo sois desagradecido, que os veis levantando del polvo de la tierra a ser señor de título y correspondéis a tan buena obra con decir mal de quien os levanta!

No estaba tan maltrecho sacudo, que no oyese todo cuanto su amo le decía; y levantándose con un poco de presteta, se fue a poner detrás del palafreñ de Dorothea y desde allí dijo a su amo:

- Dígame, señor: si vuestra merced tiene determinado de no casarse con esta gran princesa, claro está que no será el reino suyo; y no siendo, ¿qué mercedes me puede hacer? Esto es de lo que yo me quejo. Cásese vuestra merced nunca

CAPÍTULO TRIGÉSIMO

Por una con esta reina, ahora que la tenemos aquí como florida del cielo, y después puede volverse con mi señora Dulcinea, que rey es debe de haber habido en el mundo que hayan sido amancebados. En lo de la hermosura no me entrometo, que en verda, si va a decirlo, que entrombas me parecen bien, puesto que yo nunca he visto a la señora Dulcinea.

-¿Cómo que no la has visto, traidor blasfemo?-

-dijo don Quijote-. Pues ¿no acabas de traerme ahora un recado de su parte?

-Dijo que no la he visto tan despacio-dijo Sancho-, que pueda haber notado particularmente su hermosura y sus buenas partes punto por punto; pero así a bulto me parece bien.

-Ahora te disculpo-dijo don Quijote-, y perdóname el crojo que the he dado, que los primeros movimientos no son en manos de los hombres.

-Ya yo lo veo-respondió Sancho-, y así en mí la gana de hablar siempre es primero movimiento, y no puedo dejar de decir, por una vez siquiera, lo que me viene a la lengua.

(12)

## CAPÍTULO TRIGÉSIMO

- con todo eso - dijo don Quijote -, mira, Sancho, lo que hablas porque tantas veces va el cantarillo a la fuente..., y no te digo más.

- Ahora bien - Respondió Sancho - Dios está en el cielo, que ve las trampas y será juez de quien hace más mal: yo en no hablar bien o vuestra merced en no obrarlo.

- No haya más - dijo Dorotea -: corred, Sancho, y besad la mano a vuestro señor y pedid de perdón, y de aquí adelante andad más atentado en vuestras alabanzas y vituperios, y no digáis mal de aquea señora toposa, a quien yo no conozco si no es para servilla, y tened confianza en Dios, que no os ha de faltar un estado donde viváis, y fenez un príncipe.

Fue Sancho cabizbajo y pidió la mano a su señor, y él se la dio con reposado continente, y después que se la hubo besado, le echó la bendición y dijo a Sancho y apartáronse un poco, que tenía que preguntarle y que de partir con él cosas de mucha importancia. Hízolo así Sancho y apartáronse los dos algo adelante y dijo don Quijote:

- Después que vinistes, no he tenido lugar ni espacio para preguntarte muchas cosas de particularidad acerca de la embajada que llevaste y de la respuesta que trajiste; y

### CAPÍTULO TRIGÉSIMO

ahora pues la fortuna nos ha concedido tiempo y lugar, no me niegues tu la aventura que puedes darme con tan buenas nuevas.

- Pregunte vuestra merced, señor mio, que no sea de aquí tan vengativo.

- ¿Por qué lo dices, Sancho? - porque estos palos de ahora mas fueron por la pendencia que entre los dos tubo el diablo la otra noche que por lo que dije con mi señora Dulcinea, a quien amo y reverencio como una reliquia, aunque en ella no lo haya, solo por ser cosa de nuestra merced.

- No tornes a esas pláticas, Sancho, por tu vida - dijo Don Quijote -, que me dan pesadumbre ya te perdone entonces y bien sabes que tu puede y suele decirse: « A pecado nuevo, penitencia nueva »

En tanto que los dos iban en esas pláticas, dijo el cura a Dorotea que habia andado muy discreta asi en el cuento como en la brevedad de él y en la similitud que tuvo con los de los libros de caballeria. Ella dijo que muchos ratos se habia entretenido en leerlos, pero que no sabia ella donde eran

(14)

## CAPÍTULO TRIGÉSIMO

Las provincias ni puertos de mar y que, así, había dicho a tientas que se había desembarcado en Omsa.

-Yo la entendí así - dijo el cura - y por eso acudí luego a decir lo que dije, con que se acomodó todo. Pero ¿no es cosa extraña ver con cuánta facilidad cree este desventurado hidalgo todas estas invenciones y mentiras, sólo porque llevan el estilo y moda de las recedades de sus libros?

-Sí es - dijo Cardenio -, y tan rara y nunca oída, que yo no sé si queriendo inventarla y fabricarla mentirosamente hubiera tan aguda ingenio que pudiera dar en ella.

-Pues otra cosa hay en ella - dijo el cura -: que, fuera de las simplicidades de este buen hidalgo dice tocantes a su locura, si le tratan de otras cosas discurre con bonisimas razones y muestra tener un entendimiento claro y apacible en todo; de manera que como no le toquen en sus calcañeros, no habrá nadie que le juzgue sino por de muy buen entendimiento.

En tanto que ellas iban en esta conversación, preguntó don Quijote con la rusa y dijo a Sandra: -Echemos, Panza amigo, pelillo a la mar en esta de nuestra perdencia, y dime ahora, sin tener cuenta

CAPÍTULO TRIGÉSIMO

con enojo ni rencor alguno: ¿Dónde, cómo y cuándo hallaste a Dulcinea? ¿Qué hacía? ¿Qué le dijiste? ¿Qué te respondió? ¿Qué rostro hizo cuando leía mi carta? ¿Quién te la traxo? Y todo aquello que vieres que en este caso es digno de saberse, de preguntarse y satisfacerse, sin que amados o mientas por dar me gusto, ni menos te acortes por no quitarmele.

- Señor - respondió Sancho -, si va a decir la verdad, la carta no me la traxo nadie, porque yo no llevé carta alguna.

- Así es como tú dices - dijo Don Quijote -, porque el librito de memoria donde yo la escribí la hallé en mi poder a cabo de dos días de tu partida, lo cual me causó grandísima pena, por no saber lo que hubieras tú de hacer cuando tu vieres sin carta, y creí siempre que te volveras desde el lugar donde la echaras menos.

- Así fuera - respondió Sancho -, si no la hubiera tomado en la memoria cuando nuestra merced me la leyó, de manera que se la dije a un sacristán, que me la

16

## CAPÍTULO TRIGÉSIMO

trasladó del entendimiento tan punto por punto, que dijo que en todos los días de su vida, aunque había leído muchas cartas de descomunión, no había visto ni leído tan linda carta como aquella.

- ¿Ténesla todavía en la memoria, Sando? dijo don Quijote.

- No, señor - respondió Sancho -, porque después que la di, como vi que no había de ser de más provecho, di en olvidalla, y si algo se me acuerda, es aquello del «sobajada», digo del «soberana señora», y lo último: «Vuestro hasta la muerte, el Caballero de la Triste Figura». Y en el medio de estas dos cosas le puse más de trescientas almas y vidas y ojos míos.

¿你跟他说了什么?

¿他跟你回答了什么?

¿他在看完信是什么表现?

¿谁把信寄给你的?